

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El mes de María es para el buen pastor un mes lleno de esperanzas.*—1.º El tiempo no puede ser más oportuno. 2.º La devoción á la Santísima Virgen tiene grandes atractivos, aun para los grandes pecadores. María es llamada *esca spiritualis hami*. El buen Sacerdote nunca habla con tanta unción como al predicar las bondades de María: ¡lo ha experimentado tantas veces!

PUNTO SEGUNDO.—*¿Qué es lo que hace el buen pastor para sacar provecho de ese hermoso mes?* 1.º Todo lo pone en juego para obtener numerosas y fervientes reuniones. Nada olvida de lo que pueda hacerlas interesantes, ni canto, ni decoro, etc. 2.º La palabra de Dios, sea cual fuere su forma, es el ejercicio esencial. Que sea corta, variada y adaptada al auditorio; pero sobre todo, que se hable el lenguaje del corazón. Que sin cesar, ponga en ella, de relieve el poder, y más especialmente la misericordia y compasión de María. *Laudamus humilitatem, miramur virginitatem; sed misericordia miseris sapit dulcius.* 3.º El buen pastor emplea para la conclusión del mes todos los recursos de su celo: comunión general y fervorosa, consagración solemne del pastor y del rebaño á la Divina Pastora.

MEDITACIÓN LXXXII

3 de Mayo.—*El Misterio de la Cruz considerado con relación á nosotros y á nuestra propia santificación*

I. Meditándolo nos aseguramos el Corazón de Dios.

II. Aseguramos á Dios nuestro corazón.

PUNTO I

La meditación de los sufrimientos de Jesucristo nos asegura el Corazón de Dios, porque este le agrada de una manera singular.

Este misterio, en efecto, es el gran objeto de sus divinos pensamientos. Todo el Antiguo Testamento está lleno de esta idea. La pasión del Mesías es lo que

los Profetas predicen con más detalles. Isaías, Jeremías, David no se contentan con anunciarla, sino que la narran como otros tantos Evangelistas: Isaac, José, la serpiente de bronce, el cordero pascual.... ¡qué imágenes tan conmovedoras de Jesucristo, sacrificado por su Padre; llevando El mismo sobre la montaña la leña que ha de servir para su inmolación; de Jesucristo vendido por uno de aquellos á quienes llamaba hermanos, enclavado en la Cruz y curando las heridas que el pecado hiciera á nuestras almas; de este Cordero divino cuya Sangre nos preserva de la espada del ángel exterminador!

Dios se complace evidentemente en esta reparación ofrecida á su gloria; su Corazón se halla en el Calvario, y allí llama á los nuestros. ¡Oh! ¡Cómo se complace en vernos medir, por decirlo así, en el don que nos hizo dándonos á su Hijo por víctima, lo ancho, largo, alto y profundo de su caridad para con nosotros! Más aún: ¡cuál no es el contento que damos á Jesús cuando meditamos el misterio de su Muerte! Ella ha sido el objeto constante de sus aspiraciones. No vino al mundo sino para rescatarnos de la esclavitud del pecado, sufriendo y muriendo por nosotros sobre la Cruz. Su aliento y su vida han sido para la cruz. El mismo compara su Muerte á un bautismo de sangre; ¡ah y ¡cómo se angustia hasta no verlo cumplido! (1). Cuando ve acercarse este momento, no puede ya ocultar sus deseos; es necesario que esta llama de amor se escape de su Corazón: *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum, antequam patiar.* Sobre la Cruz es donde realizó de la manera más completa, lo que los ángeles prometieron en su nombre el día de su Nacimiento: *Gloria á Dios; paz á los hombres!*

Dios, honrado como El merece; el hombre, preservado de la más horrible de todas las desgracias, elevado á la categoría de Hijo de Dios y asociado á su soberana felicidad....! Hé ahí los frutos de la Cruz.

(1) *Baptismo habeo baptizari; et quomodo coaretor usquedum perficiatur!* (Luc., XII, 50.)

¡Oh! con cuánta razón puede llamarse el árbol de la vida! Pero ¿lo será también para nosotros, si olvidamos alimentar nuestras almas con estas sagradas meditaciones?

Hé ahí por qué Jesucristo, á fin de que tengamos siempre presente el recuerdo de sus sufrimientos, no solamente inspira á su Iglesia el que en todas partes ponga la Cruz ante nuestros ojos, el que grabe la imagen de su Muerte sobre la madera, sobre la piedra, sobre el mármol, sobre el oro y sobre la plata; sino que ofreciéndose á Sí mismo en el sacrificio del altar, que es la viva representación y continuación del sacrificio del Calvario, hace de su propio Cuerpo glorificado, oculto bajo viles apariencias, un memorial perpetuo de una Pasión tan dolorosa para El y tan fructuosa para nosotros: *Unde et memores..... tam beatæ passionis.*

Cuando pronunciamos estas palabras en la celebración de los santos misterios, nos conformamos á la conmovedora recomendación que nos hizo la víspera de su Muerte, *Hoc facite in meam commemorationem*, y que en el mismo instante se renueva: *Hæc quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis.* Como si nos dijera: «No os olvidéis de un Dios que muere para salvaros. En medio de mis dolores y agonías Yo pensaba en vosotros; pensad en Mí siquiera cuando estoy presente en el altar para recordaros mi muerte y aplicaros sus méritos.» ¡Oh alma mía! ¿Podrás rehusar semejante consuelo á tu Salvador? ¿Querrás privarte de un medio tan seguro de merecer su cariño?

PUNTO II

La meditación de los dolores de Jesucristo
asegura á Dios nuestro corazón

¡Qué cariñosa condescendencia! Aquél que encierra en sí todos los bienes, dignarse pedirnos un corazón que El mismo nos ha dado: *Præbe, fili mi, cor tuum mihi!* Pero nunca nos obliga á ello con tan poderoso

motivo, como al presentarnos, para obtenerlo, el abismo de oprobios y sufrimientos por El padecidos en el Calvario.

Amor con amor se paga. El misterio de la Cruz es el gran exceso de un Dios para nosotros (1). Si hubiera dejado á nuestra elección el testimonio del amor que nos profesa, y si nos hubiera dicho como al rey de Judá: *Pete tibi signum*, ¿quién hubiera osado pedirle la encarnación y más aún la muerte de su Hijo? Su bondad previno nuestros deseos, y sobrepujó infinitamente nuestras esperanzas. Oigamos lo que nos dice: «Oh hombres, ¿qué habiérais hecho para renovar los lazos de la caridad que os unían á vuestro Criador, á vuestro Padre, y que tan indignamente habéis roto ofendiéndole? Ningún medio tenéis para ello; pero escuchad y comprended, si podéis, cuál es mi amor para con vosotros: Tengo un Hijo único, engendrado de mi sustancia desde toda la eternidad; es otro Yo; pues bien, Yo os lo doy, si El consiente en ello: por mi parte Yo estoy conforme en que se anonade para espiar vuestro orgullo, en que muera para salvaros.» *Sic Deus dilexit mundum*; mundo de pecadores ingratos, manchados con todos los crímenes; porque no había otro mundo cuando Dios nos dió á su Hijo.

Y este Hijo igual en todo á su Padre, no retrocedió ante un cáliz tan amargo. Del primer golpe de vista vió toda la serie de oprobios y dolores intolerables que tendría que sufrir por nosotros; nada le arredró. Se sometió á los golpes de la implacable justicia: «Heme aquí, oh Padre, le hace decir San Pablo; vengo á ofreceros la satisfacción que os es debida, y que no puede encontrarse en los sacrificios, porque no tienen proporción con vuestra infinita grandeza. Penitente por todos los hombres, me hago vuestra víctima; descargad sobre Mí el peso de vuestra venganza: herid, herid á vuestro Hijo, pero per-

(1) *Dicebant excessum ejus, quem completurus erat in Jerusalem.* (Luc., IX, 31.)—Así podemos interpretar la palabra *excessum*. V. Corn. á Lap.

donad á los hombres.» ¡Oh jardín de los olivos; ¡oh pretorio! ¡oh Calvario! ¡con cuánta elocuencia nos habláis del amor de Jesús para con nosotros! ¿No es tiempo ya de que los que viven cesen de vivir para sí mismos, y comiencen á vivir para Aquel que los ha rescatado de la muerte? (1). ¿Qué otro beneficio aguardamos para entregarnos á Dios?

Recordemos el fuego celeste que abrasaba el corazón de los santos al solo recuerdo de los sufrimientos de Jesús. Santa Magdalena de Pazzis exclamaba mirando al crucifijo: «¡Oh amor, oh amor; cuán poco conocido sois!, y ¡cuán poco amado! ¡Oh almas criadas para el amor y por el amor! ¿por qué no amáis al amor?» San Francisco de Asís, afligido por la insensibilidad de los hombres, suplicaba á las rocas que llorasen con él la muerte del Hijo de Dios. San Buenaventura decía que las llagas de Jesucristo eran capaces de herir los corazones de piedra, de inflamar á las almas de hielo, de llenar de amor aun las entrañas más duras que el diamante.

Cruz de Jesús, Sangre de mi Dios, que me dáis á conocer toda la fuerza de su amor, ¡ah, qué reproche para la debilidad del mío! ¿Es por ventura amar á un Dios crucificado, buscar las comodidades y huir los sufrimientos? ¿Es amar á un Dios humillado, escupido... buscar los honores y temer hasta la apariencia del menosprecio? Acabad, oh Señor, vuestra conquista; servíos de vuestra belleza, de aquella belleza que os dan, á mis ojos, vuestros oprobios y heridas; servíos de ella como de un arco tendido, para conquistar á Vos todo lo que está dentro de mí y todo lo que de mí depende: *Specie tua et pulchritudine tua intende, prospere procede, et regna* (2). Aseguraos de un corazón que está en peligro de abandonaros en el mismo instante en que está protestando de querer unirse á Vos.

La hora de subir al altar se aproxima; hoy al me-

(1) *Ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est.* (II Cor., V, 15.)

(2) Ps. XLIV, 5.

nos, me acercaré á él con un alma ocupada solamente en la Pasión de mi Salvador. ¡Oh! venid, Jesús moribundo, venid á enseñarme á morir á todo lo que os desagrada. Quiero amar á un Dios cuya cruz me abrió el Cielo, cuya Sangre lavó mis iniquidades, cuya muerte me devolvió la vida, cuyos méritos me dan derecho á pretender la dicha de amarle eternamente. *Super omnia te mihi amabilem reddit, o bone Jesu, calix quem bibisti, opus nostræ redemptionis. Hoc enim omnino amorem nostrum sibi vindicat, hoc devotionem nostram blandius allicit, justius exigit* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La meditación de los sufrimientos de Jesucristo nos asegura el corazón de Dios.*—El Antiguo Testamento, y más aún el nuevo, están llenos de este conmovedor misterio. Este es el gran objeto de los divinos pensamientos. El Señor se complace en esta admirable reparación ofrecida á su gloria ultrajada. Su corazón está en el Calvario y llama también á los nuestros. Cuando meditamos el exceso de su amor hacia nosotros en el misterio de su muerte, es cuando causamos el mayor placer á Jesucristo. La Iglesia sabe esto; y hé ahí por qué en todo lugar pone la cruz ante nuestros ojos. Hé ahí por qué el Salvador se ofrece á sí mismo en el sacrificio de nuestros altares, viva representación del sacrificio del Calvario. *Haced esto en memoria mía:* no os olvidéis de un Dios que os ama hasta morir por vosotros, amadle también á El. ¡Oh alma mía! ¿no sabrás aprovecharte de un medio tan fácil para ganar el afecto de tu juez?

PUNTO SEGUNDO.—*La meditación de los sufrimientos de Jesucristo asegura á Dios nuestro corazón.*—Amo al que me ama. Sobre la Cruz es donde el amor de Jesús hacia nosotros ha llegado hasta el exceso. Sabemos muy bien de qué fuego celestial abrasaba el corazón de los santos el recuerdo de la pasión; uno de ellos decía que las llagas de Jesucristo eran capaces de herir aún los corazones de piedra, de inflamar á las almas de hielo, de llenar de amor las entrañas más duras que el diamante.

(1) S. Bern.